



HAL
open science

“Yo no estoy completo de la mente”: entre horror y alienación, decir el trauma en *Insensatez* (análisis del incipit l. 1-58)

Nathalie Besse

► To cite this version:

Nathalie Besse. “Yo no estoy completo de la mente”: entre horror y alienación, decir el trauma en *Insensatez* (análisis del incipit l. 1-58). 2023. <hal-04069936>

HAL Id: hal-04069936

<https://hal.science/hal-04069936v1>

Submitted on 14 Apr 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

**“YO NO ESTOY COMPLETO DE LA MENTE”:
ENTRE HORROR Y ALIENACIÓN, DECIR EL TRAUMA EN
INSENSATEZ (ANÁLISIS DEL ÍNCIPIT L. 1-58)**

NATHALIE BESSE

Université de Strasbourg - CHER

Horacio Castellanos Moya es una de las voces narrativas más originales y provocadoras, y como tal un novelista ineludible, de la literatura centroamericana reciente. En *Insensatez*, el escritor, que tuvo acceso a informes sobre la violación de los derechos humanos en Guatemala, se inspira en sucesos verídicos: el exterminio de la población indígena cuando la guerra civil que azotó el país entre 1960 y 1996. El narrador está encargado por la Iglesia Católica de corregir en tres meses el estilo de un voluminoso informe de mil cien cuartillas en el que se documentan los centenares de masacres perpetradas por los militares contra los indígenas so pretexto de dismantelar la guerrilla¹, en un país que nunca se nombra; sin embargo, el lector enterado comprende, por varios topónimos o cierta onomástica, que se relatan atrocidades acaecidas en Guatemala durante la guerra civil².

El relato del narrador homodiegético es una amplia analepsis y, en el fragmento que vamos a comentar (el íncipit de la novela hasta la línea 58, “durante esa temporada”), sus impresiones se presentan en su mayoría en pretérito perfecto simple, particularmente la expresión del monólogo (“me dije”), a veces también en presente con un estilo más directo que da un toque de oralidad a este soliloquio interior. Lo que se refiere al testimonio y sus conclusiones aparece en pretérito imperfecto; siendo este último el tiempo preferido de la descripción, los hechos relatados, anteriores a la lectura del narrador, se exponen esencialmente en pretérito pluscuamperfecto.

¹ Se basa en un documento referencial: el informe interdiocesano para la Recuperación de la Memoria Histórica (proyecto REMHI), titulado *Guatemala: Nunca más*, cuya publicación en cuatro tomos fue presentada públicamente el 24 de abril de 1998 por Monseñor Juan José Gerardi, a quien asesinaron dos días después, el 26 de abril, como se menciona en el éxplicit de *Insensatez* inspirado, como el íncipit, en hechos extraliterarios: en efecto, la frase inicial de la novela, “*Yo no estoy completo de la mente*” se halla en el informe REMHI. Véase la tesis de doctorado de Huranie Mirna MIAFOUNA BADINGA, *Histoire et fiction dans l’œuvre de Horacio Castellanos Moya*, p. 215. <https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-01344419/document>

² Lugares como Totonicapán o Petén, así como el general Ríos Montt —quien, después de un golpe de Estado en 1982, encabezó una junta militar hasta que lo derrocaron en 1983—, no dejan lugar a dudas. La identificación étnica “cachiuel”, un grupo indígena de la civilización maya, que vive en las montañas del oeste de Guatemala, es un indicio igualmente claro.

Observamos que el extracto consta de pocas frases, por lo tanto de extensión notable³, lo que refleja la logorrea del narrador, así como un pensamiento circular o iterativo, un caudal de palabras bajo el efecto de la emoción, pero no menos selectivo en el plano de la enunciación y obviamente estructurado, articulado en torno a una gradación que combina, en un estilo crudo o sutilmente irónico, horror y alienación.

En esta progresión espiralada, se pueden distinguir tres movimientos: desde el principio hasta la línea 24: el narrador se siente perturbado por la frase de un indígena, superviviente del genocidio, que admite una forma de alteración mental tras el horror vivido; el narrador piensa luego que esta alteración mental caracteriza a todas las víctimas, pero también a los victimarios (l. 24-45 hasta “tal como me dije”); finalmente, extiende esta confusión mental a todos los habitantes del país y en última instancia se incluye a sí mismo en esta totalidad cuya razón se ve mermada (l. 45-58, de “antes de llegar a” a “durante esa temporada”). Se tratará de mostrar de qué manera el narrador revela la magnitud del trauma, apoyándonos en los diferentes procedimientos de escritura, narrativos, discursivos y retóricos a los que recurre.

1. “*Yo no estoy completo de la mente*”: un indígena cachiuel

Al inicio del texto, la frase en cursiva citada por el narrador, “*Yo no estoy completo de la mente*”, revela de entrada una *mise en abyme* de la escritura y una composición narrativa basada en un juego intertextual: testimonio en la ficción o ficción que engasta retazos de testimonio (“decía la frase”, línea 1). Esta estrategia narrativa del comienzo *in medias res*, constituido por una cita que proviene de un testimonio, así como la narración en tiempo pasado, van a crear un “efecto de realidad” (para hablar como Barthes) que favorece la ilusión referencial y con ella la inmersión ficcional.

Además de su posición apertural y de la distinción tipográfica de la cursiva, esta frase llama la atención por su sintaxis inusual, pero si el lector que la descubre no puede entender de momento el motivo de esta singularidad, en ausencia de elementos contextuales (y si no puede, por tanto, aprehender el sentido profundo de esta afirmación lacónica), comprende su significado y, previamente guiado por el título de la obra, entiende que se trata de una forma de perturbación mental o psíquica: el lector se ve así introducido o arrastrado en la confusión desde

³ La primera va hasta la línea 11, la segunda consta de 13 líneas (l. 11-24), la tercera de no menos de 32 líneas (l. 24-55) y la cuarta, aquí incompleta, de 9 líneas.

el principio, mediante esta frase precisamente confusa en los planos formal y contextual, pero no por ello menos sugestiva.

Destaca también la primera persona del singular que da comienzo al íncipit, un “yo” prescindible ya que la desinencia verbal es suficiente para dar cuenta de la persona gramatical; este “yo”, puesto de relieve por su posición espacial en el texto y su redundancia gramatical, se ve engastado en el discurso de otra primera persona, asumido por el narrador que lo cita: “subrayé” (l. 2). Este verbo, junto con “libreta personal” (l. 3), muestra que el narrador escoge determinadas frases del informe debido al impacto que le producen, como él explica distinguiendo la frase inaugural con un énfasis en la negación (“no... cualquiera”, “ninguna manera”) que realza el contraste (“mucho menos” articulado con “sino”) apoyado por un superlativo: “la frase que más me impactó”.

El extracto (y la novela) se abre así con la frase más impactante para el narrador, una frase que crea un vínculo particular entre el narrador y el emisor de esta frase por un lado, y por otro lado entre el narrador y un narratario supuestamente alcanzado por el impacto, si no similar (porque está atenuado por la mediación del narrador), al menos cierto: por un efecto de rebote, se supone que también el narratario será alcanzado emocionalmente por esta frase y, con ella, por el testimonio indígena sobre el horror vivido. Además, el término “lectura” (l. 6) subraya el hecho de que el narrador resulta ser también un lector: hay, pues, si no una identificación, al menos una aproximación entre este narrador y el lector.

Él ocupa una posición intermedia entre un hablante y un lector cuyas percepciones y juicio se orientarán según los comentarios de este narrador impactado que actúa como filtro. El verbo “impactar” se refuerza con el adjetivo “lelo” (l. 7), que a su vez revela a un narrador aturdido o estupefacto, él también amputado de su discernimiento bajo el efecto de un shock. Las siguientes líneas exponen sucintamente en qué consiste la tarea encomendada al narrador: la relectura de mil cien cuartillas.

A partir de la línea 11, se despliega una segunda subdivisión: la frase insólita del íncipit se repite en apertura de la segunda frase del fragmento, en una posición que la convierte en una frase bisagra, y según una estructura anafórica que refuerza su impacto y alcance. Esta redundancia, apoyada por el verbo “me repetí”, amplifica su eco, convirtiéndola en un leitmotiv para el narrador, cuyas palabras se entrelazan con esta frase persistente, que él parece ‘machacar’, preso de un pensamiento giratorio o de una especie de fijación tras el impacto emocional. De hecho, el adjetivo “impactado” (l. 12) se hace eco de “me impactó” (l. 5) en una repetición del impacto ligada a la repetición de la frase del indígena, mientras “perturbación

mental” confirma la impresión inicial del lector que, en el umbral del texto y sin ningún otro elemento de comprensión, descubría el curioso enunciado “*Yo no estoy completo de la mente*”: se trata efectivamente de insensatez, también denotada por esta sintaxis sorprendente que es una consecuencia. La perturbación mental se convierte en perturbador lingüístico, desregula el pensamiento, la expresión y la formulación.

A partir de la línea 14, se ofrecen aclaraciones sobre el emisor y el contexto de esta frase clave que va a poder liberar su pleno significado y sus implicaciones: proviene de un indígena cachiquel que presencia el asesinato de su familia. Si bien el adjetivo demostrativo “ese” y más ampliamente su pertenencia a una determinada comunidad étnica distinguen a este indígena de los demás, la ausencia de nombre y de identidad lo despersonifica y desidentifica: aparece como un individuo a la vez definido (deíctico “ese”) e indefinido (“indígena cachiquel”), único y anónimo, una tercera persona singular diluida en un grupo, una especie de ‘él como tantos otros’ que fueron testigos y testimoniante.

El término “hundido”, después de la perturbación mental, revela a un hombre abatido, derrumbado, que se hunde en la enajenación como un barco naufragado se hunde en las aguas sin poder salir de nuevo a la superficie. Este verbo ilustra la profundidad de la perturbación mental en la que se ha sumido este indígena testigo del horror y atrapado en el trauma. El grupo nominal “quebrantamiento de su aparato psíquico” (l. 16) insiste en este aspecto introduciendo ahora la idea de ruptura, de fractura. La mente se ha roto, al igual que se han desmembrado los cuerpos, como indican las descripciones de las siguientes líneas: se trata de una desarticulación corporal, psíquica y lingüística.

Estos términos conforman un campo semántico de la sinrazón indisociable de la noción de trauma que a su vez está vinculado al horror⁴. Una sinrazón que, sin embargo, no es totalmente insensata o descontrolada, como muestra el adjetivo “consciente” (l. 16) en una paradoja, o por lo menos una ambivalencia notable: “consciente del quebrantamiento de su aparato psíquico”. El indígena resulta ser consciente de sus propios trastornos mentales: hondamente afectado pero no loco de remate, alterado o como amputado (“incompleto”) pero no demente.

Este indígena ha “presenciado” (l. 17) lo impresenciado (entendemos mejor por qué le cuesta decir lo indecible y empezamos a comprender el significado de la frase tambaleante o mal articulada del introito). Ha sido testigo, “herido e impotente” (l. 17), en un estado de

⁴ Véase el artículo de Florence OLIVIER, «La force fragile du témoignage ou le dire poétique du trauma. Amuleto de Roberto Bolaño et *Insensatez* d’Horacio Castellanos Moya», *Poétiques et politiques de la mémoire en Amérique latine, 1990-2015* (vol. 2), *América – Cahiers du CRICCAL*, n° 52, 2018. <https://journals.openedition.org/america/2361>

vulnerabilidad, de la masacre de su familia por los militares. A este respecto, y antes de estudiar la narración patética de los hechos, cabe destacar el tono irónico y crítico que recorre discretamente este relato del horror, perceptible en “los soldados del ejército de su país” (l. 18). Más allá de la soldadesca, lo que se incrimina es el poder político, puesto que el ejército recibe órdenes de la cúpula. Es como si el gobierno mismo atacase a una población indefensa a la que precisamente tiene la obligación de defender, lo que revela un disfuncionamiento aberrante de la autoridad y un abuso de poder que lo asocian al crimen (“asesinato”, l. 14, y “masacres” l. 54): pasamos metonímicamente de un ejército verdugo a un poder asesino.

El indígena vio cómo los soldados “despedazaban a machetazos” (l. 18) a sus cuatro hijos (“a cada uno de”, línea 19, enfatiza el horror y lo alarga temporalmente o lo multiplica al recordar que el indígena tuvo que ver el asesinato de uno de sus hijos cuatro veces). El horror representado es aún más aterrador ya que ni siquiera los niños pequeños se libran de esta crueldad sanguinaria. Con la precisión “con sorna”, vemos que a la barbarie se añade la perversión, o al salvajismo el sadismo, en un derroche de violencia insensata y gozosa que linda con la locura. Podemos preguntarnos si el término “sorna”, posible sinónimo de ironía, no esconde una crítica precisamente sarcástica del narrador.

Esta larga frase, que no rechaza la parataxis (l. 21) muestra una redundancia de las observaciones del narrador introducida por “también”, al repetir la escena desde el punto de vista de la mujer, violentada (y presumiblemente violada) ante los ojos de su marido después de que ella también haya presenciado el ‘despedazamiento’ de sus hijos: “trozos”, un término tanto más violento de leer e impactante cuanto que se ven reducidos a “palpitantes trozos de carne humana” (l. 24) en una metáfora macabra del cuerpo mutilado. Lo que se representa aquí es una carnicería, y el epíteto “humana” que aparece secundariamente después de “carne” no hace más que caracterizar el sustantivo prevaleciente: los seres son reducidos a carne, totalmente deshumanizados por una barbarie llevada a su paroxismo.

En esta visión sombría y sanguinolenta, el narrador se vale de una imagen hiperbólica para ‘aproximarse’ al horror, a falta de poder transmitirlo verdaderamente: si la ficción se inspira en hechos extraliterarios que autentifican la realidad del horror, se notará la forma precisamente cruda y sangrante, brutal y en cierto sentido obscena, con la que el narrador expresa la ferocidad. La formulación elude los circunloquios: al contrario de cualquier eufemismo, lýtotes u otra figura de atenuación, el texto adopta un estilo y palabras llamativos, si no ‘golpeadores’: impactantes, para impactar al narratario como ha sido impactado el narrador.

2. “Nadie puede estar completo de la mente”: víctimas y victimarios

La segunda parte (l. 24) se abre de nuevo con la frase inicial, pero aquí reescrita, modificada por el narrador, que la integra en su pensamiento discursivo, en caracteres romanos y ya no en cursiva, pues ya no se trata de citar la frase tal cual: despojada de la cursiva, la frase del indígena pasa a formar parte del discurso del corrector de estilo que se la apropia.

Aquí pasamos de “yo” a “nadie”, de una primera persona a ninguna persona: “Nadie puede estar completo de la mente”. El pronombre indefinido negativo “nadie” plantea en términos absolutos la imposibilidad de que alguien no caiga en una forma de locura tras una experiencia tan traumática (“semejante experiencia”, l. 25), establece una correlación obligatoria. Al respecto, el verbo sobrevivir (l. 25) puede insinuar que el superviviente de la masacre (un superviviente en el sentido físico de la palabra) ya no vive, sino que sobrevive (incompleto de la mente e incompleto de la vida, por así decirlo).

Si bien el comienzo de la frase es asertivo, incluso axiomático, presentándose como una verdad de hecho (“Nadie puede”), el hecho de que se trate del punto de vista del narrador, expresado en este caso por “me dije” (l. 26), recuerda la subjetividad de estos comentarios que además se basan en un testimonio. El hecho de que este verbo introductorio del estilo directo no aparezca al principio de la frase, sino en forma de inciso, mezclado con lo que está leyendo el narrador, entrelaza las percepciones de éste y el testimonio del indígena, la experiencia de uno ante la experiencia del otro, como un encuentro a través de la escritura.

El gerundio “cavilando” (l. 26) indica un pensamiento insistente, incluso preocupado, y puede remitir a “me repetí”, que ya delataba una forma de pensamiento obsesivo: el narrador está como invadido por la historia de este indígena. A este respecto, el adjetivo “morbo” aparece como una autocrítica por parte del narrador, sobreentendiendo que le parece malsano darle vueltas a esta cruel historia.

Aunque el narrador puede acercarse al horror por procuración (a través del testimonio), los verbos “tratar de”, “imaginar” y “poder” (“tratando de imaginar lo que pudo ser”, l. 26) traducen la imposibilidad de entender lo que pudo ser la experiencia y los sentimientos del indígena sumido en el horror, particularmente cuando, dejado por muerto, volvió en sí entre los “trozos de carne” de sus hijos y su mujer. En este caso, el término “despertar” no extrae de la pesadilla sino que sumerge en ella, y probablemente consiste más en el aturdimiento que en el despertar.

Muchos años después (l. 30), el indígena tiene la posibilidad de contar la historia, de testificar “para que yo lo leyera”, afirma el narrador, quien no plantea simplemente el testimonio como

una condición previa para la relectura (o la relectura como etapa consecutiva al testimonio) sino como una necesidad en la expectativa de la relectura, creando un vínculo estrecho y único, si no predestinado, entre el narrador-lector y el indígena emisor del testimonio. El narrador, que es corrector de estilo, puede intervenir en este texto que relee para enmendarlo si es necesario, por lo que no sólo hay un “encuentro” de escritura (o mediante la escritura) sino en cierto modo una interacción, ya que de la misma manera que las palabras del indígena actúan sobre las emociones y los pensamientos del narrador, éste puede, a su medida, actuar sobre el texto producido por el testimonio del indígena.

Después de haber “presenciado lo impresionante”, ¿cómo decir lo indecible? Uno piensa en la formulación de la frase inaugural: el lenguaje de las víctimas resulta alterado o deconstruido por el trauma, como un lenguaje dislocado o al menos dañado a imagen de los cuerpos mutilados, lo que denota profundas fracturas internas (esta formulación singular puede reflejar también el español hablado por los mayas). El testimonio del indígena comienza precisamente con la misma frase que da comienzo a la novela (l. 33), lo que vuelve a crear, si no una analogía o un texto-espejo, un vínculo particular entre los dos personajes testimoniantes: el narrador sigue la palabra del indígena otorgándole también un espacio inicial, inaugural, primero, a esta aserción desconcertante, que pone de realce, o sumerge de entrada al lector, en la confusión generalizada que da título al libro.

El comentario “que tanto me había conmovido” (l. 34) es como un eco de “la frase que más me impactó” (l. 5), tanto en el plano semántico (la sacudida emocional) como en el plano gramatical (el adverbio de intensidad “tanto” recuerda el superlativo “la... que más”). También observamos que el soliloquio del narrador no está exento de repeticiones, de vueltas en bucle sobre las mismas ideas y expresiones, traduciendo la rumia. El extracto está construido como una espiral, entre repeticiones y progresión (de “ese indígena” a “nadie”, y de la presentación de la frase al recuerdo de los hechos que ésta evoca).

Dentro del flujo discursivo del narrador, la conjunción causal presente en “porque resumía” (l. 35) demuestra, entre otros elementos coordinantes, un texto construido y estructurado, más allá de una primera impresión de verbosidad. La frase del indígena impacta al narrador porque, según él, es la que mejor resume el estado mental del que la profirió. Representaría, pues, la esencia misma del testimonio postraumático, como lo demuestra por un lado un nuevo superlativo “de la manera más compacta” (l. 35), que la convierte en la síntesis, si no el concentrado, de la experiencia, y por otro lado la generalización a todas las víctimas de experiencias similares: “las decenas de miles de personas” (l. 36) que, haciéndose eco de

“Nadie”, dilata el “yo” singular e individual a un plural que abarca un colectivo multitudinario, al igual que apunta ya no a una masacre sino a un genocidio. También vemos que “ese” indígena cachiuel (l. 14) se convierte en “el indígena cachiuel” (l. 38), pasando el indígena de un demostrativo que señala y por tanto singulariza, a un artículo ciertamente definido pero que lo designa de forma menos marcada que “ese” (“el” se refiere al indígena previamente mencionado).

Esta larga frase continúa con la repetición de “resumir” reforzada por el adverbio “también” (“y también resumía”, l. 38), y mediante el conector “y” que inicia una segunda subdivisión que amplía la perturbación mental a “los miles de soldados y paramilitares” (l. 39): de *un* indígena a las decenas de miles de indígenas y luego a los miles de militares, el texto continúa su gradación y, con ella, delata la extensión de la confusión en el país, una confusión que no es sólo psíquica sino también social y política si exploramos lo implícito (ya lo hemos comentado en el análisis de la línea 18). Si los verdugos se unen a las víctimas en la confusión mental, cabe señalar dos diferencias o asimetrías: una, numérica, que enfrenta a miles de soldados con decenas de miles de indígenas y da una idea del número de crímenes perpetrados por cada uno de ellos; la otra, causal y/o consecutiva, que muestra que si la alienación de las víctimas es consecuencia del horror sufrido, la alienación de los victimarios es también causa de su barbarie.

Luego hallamos de nuevo la idea de una matanza sádica y de una disfunción sociopolítica aberrante con “que habían destazado con el mayor placer a sus mal llamados compatriotas” (l. 40), un eco evidente de “despedazaban a machetazos con sorna” (l. 18) y de “los soldados del ejército de su país” (l. 18). Además del juego de repeticiones o ecos ya mencionado, podemos notar que esta vez el superlativo e hiperbólico “el mayor” así como la ironía patente en “mal llamados compatriotas” se suman retóricamente al contenido dramático; y tanto más cuanto que el otro coincide aquí con el mismo: son indígenas los que están matando y torturando a indígenas. Si la analogía indígena-víctima es conocida en los escritos latinoamericanos debido a una historia de dominación colonialista, coexiste aquí, en una relación antinómica, con la analogía indígena-victimario (¿a menos que, por el contrario, se vea reforzada? ya que estos verdugos son también víctimas o prisioneros de un poder que los condena a una guerra fratricida).

En esta larga frase, que, como hemos visto, está más construida de lo que parece, la conjunción concesiva “aunque” en “aunque debo reconocer” (l. 41) viene a matizar la idea enunciada anteriormente, retomando el estilo crudo e impactante de algunas líneas de la primera

parte: “no es lo mismo estar incompleto de la mente por haber sufrido el descuartizamiento de los propios hijos que por haber descuartizado hijos ajenos” (l. 42-45). Si “no es lo mismo” anuncia una diferencia, lo que el narrador va a exponer es un conjunto de dicotomías entre indígenas víctimas y militares victimarios: en primer lugar, la pasividad de los primeros que sufren (“haber sufrido el descuartizamiento”), y la acción reservada a los verdugos (“haber descuartizado”); la políptoton es elocuente: cede el verbo a los militares mientras que los indígenas se ven asociados al sustantivo.

Esta dicotomía pasivo-activo se prolonga con la antonimia “propios”/ “ajenos” en relación con los niños masacrados y más precisamente ‘hechos pedazos’ (recordamos la palabra “trozos”), a juzgar por este tercer verbo de despedazamiento. Después de “despedazar” (l. 18) y “destazar” (l. 40), “descuartizar” se añade a este campo léxico de una barbarie que disloca, desgarrar, trocea, y el uso de la hipérbole permite patentizar una deshumanización espeluznante que se aplica tanto a las víctimas como a los verdugos. En este texto, que imbrica y hace interactuar varios campos léxicos, no debemos omitir el que compone una semántica del shock o de la conmoción, ya sea con respecto al indígena, su mujer o el narrador, y finalmente todos: respectivamente, “hundido” o “quebrantamiento” (l. 14 y 16), “shock” (l. 21), “me impactó”, “impactado”, “lelo”, “conmocionado” (l. 6, 12, 7 y 34), “perturbación” (l. 55).

Si las impresiones del narrador se presentan en su mayoría en pretérito perfecto simple (“me dije”, l. 26 o “me impactó”, l. 5), el presente “debo reconocer” expresa aquí un estilo directo, una forma de oralidad que hace más cercano al narrador. Esta repetición de la subjetividad del narrador, también manifiesta en “tal como me dije”, a su vez eco de “me dije” (l. 45 y 26), puntúa este monólogo interior. El lector aprehende el horror del genocidio a través de este narrador, de su manera personal de presentar y dramatizar los hechos, de su formulación e imágenes que emanan de un estilo crudo, capaz de impactar (para repercutir la ‘onda de choque’) y que no rechaza la ironía.

3. Una “perturbación generalizada”: la totalidad de los habitantes y el mismo narrador

Prosiguiendo con la gradación que, a partir de un indígena, ha arrastrado a todas las víctimas y luego a los militares victimarios en la misma perturbación mental, el narrador extiende ahora a toda la población —en lo que parece ser un movimiento final (“llegar a la conclusión”, l. 45)— la insensatez que da inicio al íncipit, repitiendo la frase inicial: “era la totalidad de los

habitantes de ese país la que no estaba completa de la mente” (l. 46-48), y usando un giro enfático (“era... la que”) así como un adjetivo demostrativo que puede tener aquí un valor peyorativo (“ese” en lugar de “este”). Propenso a términos absolutos (“totalidad”, “nadie”, l. 24), el narrador teoriza (“Nadie puede estar”), generaliza (“la totalidad”), e infiere (“conclusión”), aquí de forma categórica (“contundente conclusión” l. 45), en su intento de aprehender las consecuencias psíquicas del horror y del trauma, o de representarse lo irrepresentable.

Pero este análisis no pone fin a la gradación que propone el narrador, y en la que se deja atrapar en más de un sentido, ya que de confusión en confusión y de conclusión en conclusión, acaba incluyéndose en esta enajenación de todos. Esta “conclusión” (l. 48) deductiva, acompañada de comparativos de superioridad (“peor” y “más perturbadora”), presentada en el modo incuestionable de la evidencia o de manera axiomática (“sólo... podía” que recuerda “Nadie puede estar” l. 24), implica alusivamente a un narrador afectado a su vez por la insensatez: “alguien” (l. 49) que tiene que editar un informe de mil cien cuartillas en el que se documentan centenares de masacres. El grupo nominal “perturbación generalizada” (l. 55) confirma el segmento “cuya población estaba incompleta de la mente” (l. 51), a su vez iterativo después de “era la totalidad de los habitantes de ese país la que no estaba completa de la mente” (l. 46), diciendo y volviendo a decir la magnitud del desastre en el espacio de unas líneas, sobre la base de la frase clave del íncipit que opera como una escansión en el fragmento (y en las primeras tres páginas de la novela).

De hecho, tras esta tercera frase de treinta y dos líneas, se abre la cuarta con una confirmación y de nuevo una repetición: “Yo tampoco estoy completo de la mente” (l. 55) que, más que las adaptaciones anteriores, imita la formulación del indígena. Aparte de que sólo cambia una palabra (“no” se sustituye por “tampoco”), aparece otra vez un “yo” que crea una analogía y una forma de identificación entre el narrador y el indígena de cuya habla se apropia (pasando de “él” a “yo”). El enunciado casi idéntico crea una cuasi identidad entre emisor y receptor, ‘contaminando’ al narrador-lector (y más indirectamente al narratorio-lector que también podría verse alcanzado por esta insensatez galopante).

En la línea 56, “me dije entonces” recuerda (tras “me dije” y “tal como me dije” l. 26 y 45) esa otra muletilla o soporte del texto: la subjetividad del narrador “cavilando” sobre una frase que delata, significativa y sintácticamente, la pérdida de sentido de su autor hasta que, al final del extracto, las dos voces se unen y ‘se funden’ en un inesperado “yo tampoco”.

Conclusión

En este fragmento, la insensatez que el título de la obra anuncia se correlaciona con el horror: la pérdida del sentido emana de una violencia desmedida y demencial producida por mentes supuestamente insanas, y genera perturbación y alienación en víctimas aturcidas o presas del estupor, sumidas en el absurdo. El narrador prolijo que lo refiere utiliza varias repeticiones y un discurso redundante que denota ideas machacadas o un pensamiento circular que, sin embargo, no impiden un discurso estructurado y una argumentación hábilmente construida. El estilo sabe ser impactante, recurriendo a una semántica y metáforas sobrecogedoras o hiperbólicas para expresar mejor el impacto y repercutir la onda de choque que experimenta la víctima y luego el narrador que, no obstante, prefiere una ironía mesurada a la indignación y la diatriba. En este texto que da cuenta de una violencia extrema, es la palabra misma la que resulta violentada, denunciando las secuelas del trauma mediante una formulación inusual⁵.

Otros novelistas abordan ese contexto de represión sanguinaria con modalidades narrativas diferentes (como es el caso del escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa en *El material humano*, 2009), haciendo obra de memoria en ficciones críticas: a semejanza del trabajo de recuperación de la memoria histórica que va más allá del área latinoamericana —pensamos particularmente en la “Ley de Memoria Histórica” en España, “por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”—, estas novelas sin duda susurran, en medio del desvelamiento del horror: “Nunca más”.

⁵ Tratándose de denuncia, Julio ZÁRATE observa que “la voz del indígena solo se percibe de manera indirecta y fragmentaria mediante los testimonios presentes en el informe”, p. 74. Es decir que “ningún indígena se expresa en un contexto que no sea el del informe, ni en otra condición que no sea la de víctima. El informe presenta fragmentos de testimonios, mínimos en la novela, lo que hace que la individualidad de cada víctima se pierda entre el concierto de voces que narran una y otra vez los mismos crímenes. En un sentido estricto, ninguna denuncia es interpuesta; el conjunto de testimonios del informe constituye en sí la denuncia de los crímenes y la violencia, pero poco se hace justicia desde un punto de vista legal”, p. 86. Véase el artículo «¿Libertad de denunciar? Dos novelas sobre crímenes contra indígenas en Guatemala: Horacio Castellanos Moya y Rodrigo Rey Rosa», *Libertad de expresión y de creación en Centroamérica*, Andrea Cabezas Vargas et Sophie Large (dir.), Binges, Éditions Orbis Tertius, 2022, p. 71-90.